

## Líneas continuas

Aún no había amanecido cuando sonó la alarma del despertador, Iria lo estuvo buscando a tientas sobre la cama, movió con ímpetu el edredón varias veces, hasta que consiguió que el reloj enmudeciera aterrizando en el suelo. Sentía demasiada modorra para levantarse, tenía la sensación de que se acababa de acostar, se arrebujó más sobre la cama y se dijo que cinco minutitos más no iban a ninguna parte.

Dormía profundamente cuando empezó a oír el móvil, alguien llamaba. Abrió los ojos con el angustioso presentimiento de que se había quedado dormida más, de lo que pensaba, pero suspiró al comprobar que aún era de noche. Miró la pantalla, las seis y cuarto y su madre llamando. Se aclaró la garganta y descolgó. Mintió sobre la marcha, aunque no era esa su intención, pero no estaba preparada en ese momento para oír el sermón de siempre, así que se deshizo de ella alegando que estaba conduciendo y no podía hablar, le comentó que no estuviera preocupada, que antes de que ella bajase del tren, ya estaría en la estación esperándola y se irían juntas al pueblo.

Se vistió a toda prisa, se tomó un café cargado, y se fue. Ni siquiera se molestó en coger algo de ropa, allí donde iba, tenía cosas de sobra. Salió a las seis y media, un poco justa de tiempo, pero si todo iba bien, a las nueve estaría en el apeadero de Pedrelo, con los brazos abiertos y con una sonrisa de: “mamá, te dije que llegaría a tiempo”. Mientras se metía en el coche y salía de Benavente dirección a Lugo, pensó en las rarezas de su madre, se entristeció al comprobar que también a ella, se le habían pegado de una manera u otra, esas mismas rarezas con las que cargaba su madre. Desechó esas ideas espantándolas con un manotazo al aire, no era momento para melancolías, puso música y aceleró mientras el cielo, se iba agrietando en una gama de tonos grises que auguraban, un día más sin sol.

Roi estaba sólo en el pub del club. Recordaba que los últimos en irse habían sido Mariña y Paulo, y desde entonces había perdido la noción del tiempo. Sintió pesada la mano, cuando movió en círculos el vaso que sujetaba, a la vez que agudizó los oídos para escuchar como los hielos tintineaban contra el cristal. Sonrió bobaliconamente. Apuró el líquido que le quedaba de un solo trago, sintió como el alcohol le quemaba en la garganta y le amargaba en el paladar. Decidió en ese instante, dar por terminada la juerga del sábado. Se levantó tambaleándose, espero a que todo a su alrededor dejara de moverse para echar a andar. Se despidió de Estevo con la voz rota y salió a la calle.

Le cegó un sol opaco que se escondía tras unas nubes que amenazaban lluvia. Accionó el mando a distancia de su coche y unas luces naranjas le llamaron desde el aparcamiento. Se dirigió hacia él esquivando coches que no estaban aparcados. Una vez dentro, un fogonazo de lucidez le hizo ser consciente de que así no podía conducir, aunque solo fueran once kilómetros por una carretera solitaria y domingo por la mañana. Pero sabía cómo arreglarlo. Buscó aturullado en el asiento del copiloto, y respiró aliviado cuando por fin encontró un pequeño papel a modo de sobre, que **estaba en un libro** escondido, un libro que llevaba ya unas semanas acompañándole y del que debía un último trabajo para terminar la carrera, se juró que esa misma tarde empezaría a hacerlo. Se palpó el bolsillo y cogió un carné al azar, volcó sobre la portada el contenido del sobrecito, con el carné aplastó el polvillo que había vertido y lo alineó. Enrolló un billete, y acercándose

a la nariz, aspiró con fuerza siguiendo el trazado de la raya continua que había formado. Una vez acabado lamió los restos que quedaron en la tapa mientras empezaba a sentirse eufórico. En ese momento, ya se sentía capaz de conducir y de cruzar andando Los Ancares si se lo pidiesen. Carcajeó por su bravuconada. Arrancó el coche, se incorporó a la carretera y piso el acelerador.

Iria está pletórica, —“llego a tiempo”— se dice cuando pasa por Baralla a las ocho y veinticinco y toma el desvío de Lán cara. El tren de su madre tiene previsto llegar a las nueve, y a ella le queda veinticinco minutos para llegar. Suspira aliviada.

Roi conoce a la perfección la carretera por la que va, cierra los ojos para comprobar que no se tuerce ni un ápice, que ni siquiera es capaz de pisar la línea continua pintada sobre el asfalto y vuelve a reír a carcajadas, tanto, que hasta incluso se le saltan las lágrimas.

Iria al salir de una curva, ve de repente un coche que se le está echando encima, abre los ojos espantada y la sonrisa que lucía hasta hace un segundo, pasa a ser una mueca grotesca de incredulidad, pisa el freno a fondo y toca el claxon con desesperación, y antes de sumirse en el sueño eterno se dice —“joder, al final no llego a tiempo”

Roi abre los ojos cuando oye el bocinazo, pisa el freno con toda la fuerza que pueden ejercer sus pies sobre el pedal, pero no puede evitar el impacto. El crujido metálico que se produce se une al eco de las carcajadas que aún resuenan en su cerebro, cuando el otro coche sale por encima del suyo y se aleja dando vueltas de campana ladera abajo. Y antes de que la inconsciencia le abrace, se echa a llorar arrepentido.

Media hora después y a trece kilómetros del siniestro, una mujer mayor, enlutada, y ajena al suceso, está sentada en uno de los tres únicos asientos que hay en la solitaria estación de Pedrelo-Celtigos, se mece abrazada a su bolsa de viaje y aturdida por el llanto de la soledad murmura entre dientes —“esta miña filla nunca cambiará”—